

El tigre en el espejo

Federico Urtaza

Eduardo Lizalde es uno de nuestros poetas más apreciados por la intensidad y precisión de sus versos. Federico Urtaza se lanza a explorar una de sus constantes personales: la de la figura del tigre, y a partir de ahí desovilla la raigambre arquetípica del felino y su capacidad de conjurar en Lizalde un registro emocional múltiple y complejo.

Es riesgoso hablar de poesía; uno se expone al lugar común, al *cliché* (y esta afirmación ya lo es, así que asumo el riesgo, porque quiero tomar como punto de partida hablar de Eduardo Lizalde). Decir “poesía” es abrir la caja de Pandora de “lo poético”, tarea hercúlea si parto del hecho de que soy un lector entusiasta, sin duda, acaso alguna vez redactor de versos bienintencionados y más bien por eso destinados a fracasar.

A pesar de todo, disfruto como cualquiera cuando leo un buen poema y preguntarme, ¿qué lo hace “bueno”, qué lo distingue de otras formas de expresión? No lo sé, no aspiro a dar la respuesta y me atengo a dos sentencias de mi admirado Wittgenstein: “Hay, ciertamente, lo inexpresable, lo que se *muestra* a sí mismo; esto es lo místico”. Y “De lo que no se puede hablar, mejor es callarse”.

Me refiero, *hablo* (o al menos intento) de lo inefable en este ensayo, para lo cual me permito una digresión: Hace años, cuando mi hija ahora de diecinueve años era niña, por razones que no vienen al caso, fui a cumplir un encargo a La Parisina, tienda de telas; encontré en la mesa de retazos una pieza de peluche estampado como piel de tigre. Una ganga y una sorpresa; en la noche, al llegar a casa, al acostar a mi hija, extendí

la “piel de tigre” y el asombro de la niña me dio pretexto para contarle cómo había obtenido tal tesoro (todavía recuerda que en la prepa, cuando leyó *El retrato de Dorian Gray*, el argumento y el estilo le parecieron sosos comparados con el recuerdo de mi versión y ¿hay mayor elogio para un narrador?); “en África”, le dije, y ella de inmediato objetó: “En África no hay tigres”. Tuve que componer la versión, describirle que primero escalé el Kilimanjaro para ver los huesos del leopardo que, dice Hemingway y personalmente comprobé, está ahí, casi en la cima, para luego descender, caminar hasta el mar, nadar a India y ahí cazar al tigre. Aceptó la enmienda y aguantó la historia hasta que le dije que era hora de dormir. Aún conserva la piel de tigre y el recuerdo del relato; cuando hablamos del asunto, me mira de reojo, sonrío y me cuenta alguna de sus cosas.

¿Qué no iba yo a hablar de poesía y en lugar de eso me tiro a contar una anécdota de mi vida personal? Pues sí, estoy hablando de poesía, de lo inefable, puesto que el hecho que acabo de narrar abusando de la paciencia del lector *muestra*, como una epifanía, que en la literatura, en la poesía, caben lo contradictorio, la paradoja e incluso el absurdo; y todo porque la poesía se refiere a la vida como experiencia, a sus misterios y recovecos

y, más que dar respuestas, que eso le toca a la filosofía y a la ciencia, replantea preguntas que nos aproximan a una tentativa de respuesta, nos acercan a la revelación que es, a fin de cuentas, un paso al más allá “místico” en el orden de lo que señala Wittgenstein.

¿Dije, también, que iba a hablar de Eduardo Lizalde? Sí, y eso haré, eso he estado haciendo aunque de manera elusiva para aludir, así que, ahora sí, seré claro y me ocupo ya del asunto que dio pie para escribir este ensayo.

Hace unos días, una amiga me sorprendió al referirse a Lizalde como “El Tigre”; de momento, no entendí aunque hablábamos del Alfonso Reyes para el poeta, pero me quedó la inquietud y me di a la tarea de buscar alguno de los libros de Lizalde (recordando que lo primero que leí de él fue una *plquette* publicada por la Universidad de Guanajuato) y encontré una antología (que, por cierto, le regalaré a mi hija) publicada por Visor a cargo de Marco Antonio Campos, otro excelente y generoso poeta mexicano; se llama (cómo no) *A la caza del tigre*, título que de alguna manera invoco como justificación para mi desvarío previo.

Un tigre es uno de esos personajes inquietantes que pueblan nuestro imaginario con tal intensidad que lo entendemos como un ser que habita distintas dimensiones de la experiencia humana. ¿Qué diría Jung de esto? No lo sé, acaso que no podemos librarnos de los arquetipos, pero sí sé que Robert Graves, en *La diosa blanca*, dice que nuestros dioses, mitos y monstruos siguen habitando entre (y *en* ¿por qué no?) nosotros, bajo formas que se manifiestan en lo cotidiano y nos sugieren por sus características, entes que nos habitan, mueven y perturban tanto que nos ayudan a ver en lo indiferenciado y monótono de nuestra existencia lo maravilloso.

El Tigre de Lizalde es tigre de esos pantanos en los que los peligros son múltiples y seguramente temibles, pero no tanto como la existencia, percibida o intuita de la bestia que es luz y sombra. Su ferocidad es similar a la de la vida, que implica lo mismo la belleza que el terror, la fuerza que la gracilidad; el tigre, al dispensar a su víctima posible de una muerte atroz, se convierte en azaroso, casi caprichudo si lo razonara, le confirma que la vida es una suerte de bendición aleatoria, lo mismo que al aplicarle el poder de sus garras y sus fauces le recuerda, en medio del pánico, que la vida es frágil y que adquiere pleno sentido al morir. El Tigre de Lizalde, a semejanza del ángel de Rilke (poeta multicitado por el poeta), es hermoso y terrible.

En el inicio de su poemario *Cada cosa es Babel*, Lizalde adopta unos versos de Antonio Machado, los convierte en profesión de fe (y esto de la fe es algo que es fundamental en la literatura, en la poesía) y plan de acción:

Silenciar los nombres directos de las cosas
cuando las cosas tienen nombres directos



Eduardo Lizalde

¿qué estupidez! Pero Mallarmé sabía también
—y éste es su fuerte—
que hay hondas realidades que carecen de nombre.

Sí, claro, para qué darle vueltas a las cosas, para qué tomar caminos largos si la vía más corta entre dos puntos, incluso al hablar, es la línea recta; pero ¿lo es de veras? Si con oraciones redondas, compuestas de sujeto-verbo-predicado pudiéramos no sólo mostrar sino también demostrar cada hecho, cada cosa, estaríamos metidos plenamente en el lenguaje de la ciencia, hablaríamos en ecuaciones, habríamos resuelto los misterios del universo y como si hubiéramos sido bendecidos por la gracia y la revelación absoluta, dejaríamos de hablar entre nosotros y habríamos entendido de golpe y porrazo que nuestra identidad con los dioses es plena. Pero resulta que no es así; desde que se articuló la primera frase, el destinatario abrió con desmesura los ojos y su reacción inmediata podemos suponer equivalió a “¿qué me quieres decir?”. Y de ahí en adelante, hablar fue un interminable esfuerzo de comunicar, de salir de mí para llegar a ti para darnos cuenta de qué hay de común y de diferente entre nosotros, para comenzar; y ya que lo práctico de las exigencias de la vida nos llevan a situarnos en el entorno, hablamos para darnos un mapa eidético donde podemos identificar la flechita y la leyenda “Usted está aquí”. Para nadie es desconocida la paradoja de que al comunicarnos el gran riesgo es no entendernos, como si hubiera un *no man’s land* donde cabe toda clase de suposiciones. Donde el lenguaje trata de establecer la comunidad, se asienta como punto de partida la individualidad.

Y así encontramos que en la religión aparece el primer esfuerzo de crear un marco de referencia común; encontramos que aparece también el ejercicio del po-

der; y, de ahí en adelante, aparecen otros modelos (políticos, económicos, artísticos, etcétera) en los que el dogma es referencia ineludible, la simplificación del mundo hasta convertirlo en un manojito de fórmulas en las que se resuelve cualquier duda simple y sencillamente porque, como dice el jesuita de la novela de Camus *La peste*: “Hermanos míos, ha llegado el momento en que es preciso creerlo todo o negarlo todo. Y ¿quién de entre ustedes se atrevería a negarlo todo?”. Sentencia intimidante, sin duda, que desafía al pensamiento rebelde, que descarta la curiosidad porque ésta, sea la del científico o la del artista, desafía al dogma; no es sorprendente que se insista que quien lo ignora todo se acerca a la felicidad, como si la simpleza fuera un valladar ante las complicaciones de la vida.

Si bien lo que dice Wittgenstein permitiría conjeturar que nos es vedado penetrar en lo *inefable*, me permito ir más allá y suponer que si de lo que no se puede hablar es lo místico, esto no nos obliga a inferir que no podemos ganarle terreno a ese Gran Silencio que es lo inexplicado hasta el momento actual. Y ahí es donde el científico y el poeta, cada uno a su manera, se atreven a

desafiar la verdad petrificada y paralizante, para dar un salto hacia el Vacío.

Es por esto que la poesía de Lizalde me resulta idónea para ilustrar ese salto y el acto de describir lo que en ese vuelo sin fin va apareciendo en su experiencia. Dice, por ejemplo Lizalde:

Nombra el poeta
con un silencio ante la cosa oscura
con un grito ante el objeto luminoso.

Y sigue, a propósito del nombre (elemento clave del Génesis en tanto que Dios y Adán, al decir y designar, crean y ratifican lo creado):

Cosa en escape
Como el vuelo extremado más veloz que el vuelo
o caza sin alcance.

Y:

Ven cosa, yo te diré tu nombre.

Hay en el poeta la voluntad de dar un salto de fe para llegar a lo racional dicho de otra manera, como una aproximación que requerirá ser desbrozada, como aquellos cronistas que al llegar al Nuevo Mundo, boquiabiertos ante la novedad, no tenían sino el recurso de comparar lo conocido con lo hasta entonces desconocido. O peor, aferrarse a lo conocido y pretender que lo desconocido es inexistente, práctica ajena al poeta verdadero.

Ya que el dogma nos facilita enclaustrarnos en la fórmula, cuando mencionamos las pasiones nos contentamos con el solo nombre, acaso aderezado con algún adverbio o adjetivo; es decir, aplanamos la experiencia, empobrecemos nuestros recuerdos y acotamos nuestra imaginación. La vida se torna unidimensional, atemporal y, por ende, incomprensible, materia de aceptación absoluta, fatal, inapelable.

Dice así Lizalde:

Recuerdo que el amor era una blanda furia
no expresable en palabras.

Pero resulta que al contraponer la blanda furia con el silencio, ya encuentra el poeta el resquicio por donde saca no al conejo asustadizo, sino al fiero tigre:

Rey de las fieras,
jauría de flores carnívoras, ramo de tigres
era el amor, según recuerdo.

Entonces el sentimiento (tan común, iba a decir con optimismo) que es el amor, se vuelve algo intenso, se

EDUARDO LIZALDE

Nueva memoria del tigre

Poesía (1949-2000)



LETRAS MEXICANAS

torna el fondo de una pasión, motor poderoso como el odio y el miedo, y al conectar estas palabras sueltas, se hace necesario mostrarlas también como algo más que trastoca su significado banal, manoseado.

Hay un tigre en la casa
que desgarrar por dentro al que lo mira.
Y sólo tiene zarpas para el que lo espía,
y sólo puede herir por dentro,
y es enorme:
más largo y más pesado
que otros gatos gordos
y carniceros pestíferos
de su especie,
y pierde la cabeza con facilidad,
huele la sangre aun a través del vidrio,
percibe el miedo desde la cocina
y a pesar de las puertas más robustas.

¿Qué, quién es el tigre, eso o ése? Da lo mismo, lo inquietante (me quedo corto con la palabra) es que está ahí, es experimentado como algo vivo que forma parte de la vida, algo que no puede ser evitado. ¿Qué hacer ante esa presencia abrumadora? Nada, nada en absoluto, porque es un hecho y sólo la muerte, desertar de la existencia, acaso permitiría darse a la fuga (acaso).

Porque la poesía de Lizalde pareciera armarse a partir del relato de un viajero que viene de lejos, que en el reposo no se puede sacudir de la mente el horror de lo bello y de lo espantoso que de manera similar sobrecogen a quien los presencia. Es un testimonio que se dice con voz profunda, en el rincón de una taberna iluminada de mala manera, en medio de la nada encapsulada por la noche ominosa; o, ¿por qué no?, se parece al relato que comienza el conradiano Marlowe para penetrar en el corazón de las tinieblas.

El Tigre de Lizalde es menos melodioso que el de Blake, más bestial que el de Borges:

Reloj de furia el tigre
se desgarrar a sí mismo
cuando está solo demasiado tiempo,
y la materia de su vista
no es la luz
sino la sangre.

Este tigre, más que producir embeleso o fascinación estética, es de una vitalidad sobrecogedora, primigenia, y su misterio es similar al de la injusticia por definición de la vida como la vive el hombre, como si no existieran Dios ni Razón.

Desde esa casi consuetudinaria sordidez, se vislumbra el destello de lucidez, hasta de heroico optimismo

que al menos a mí me recuerda al otro Marlowe, el detective de Raymond Chandler, que dice: “Tuve la suerte de aquel que ya no espera nada”.

En el desaliento, el héroe intuye su destino trágico, pero se empeña en seguir adelante con su tarea; ¿no abrigamos todos la endeble esperanza de que podemos torcer el destino, vencer a la fatalidad, no nos alimenta esa feble ilusión al grado de que día con día levantamos la frente al sol y desafiamos la improbabilidad del éxito? De lo oscuro, como el poeta, aspiramos llegar a la luz. A pesar de todo, vivimos, luchamos para trascender aunque sea de instante en instante.

Grande y dorado, amigos, es el odio.

Todo lo grande y lo dorado
viene del odio.

El tiempo es odio.

Dicen que Dios se odiaba en el acto,

que se odiaba con la fuerza
de los infinitos leones azules
del cosmos;

que se odiaba para existir.

Nacen del odio, mundos,

óleos perfectísimos, revoluciones,
tabacos excelentes.

Cuando alguien sueña que nos odia, apenas,
dentro del sueño de alguien que nos ama,

ya vivimos en el odio perfecto.

Nadie vacila como en el amor,

a la hora del odio.

El odio es la sola prueba indudable
de existencia.

En esa vivencia extrema en la que se asoma el amor como algo de igual intensidad que el odio, se da cuenta de la oscuridad en la que el hombre goza y sufre su naturalidad, su ausencia de divinidad y de racionalidad; el tigre, sospecha el hombre, es él mismo, pero no logra aprehenderlo a cabalidad: nunca sabe a ciencia cierta si al acecharlo se acecha a sí mismo y por ello le tiende toda clase de celadas, a pesar del pánico que sospecha le infundirá verlo cara a cara (como en un espejo), así que vuelve a otro ámbito de su naturalidad, menos bestial sin duda, como lo es el de la edad previa a la entrada en razón, sin importar si, como dice Lizalde:

Escapa el tigre
y la trampa se queda
como la boca de oro
del niño frente al mar.

Lo importante para el hombre es persistir para prevalecer. **U**